

ciales subalternos, sino con los jefes. Ya habia ganado á uno de ellos, á saber, al coronel Villanueva, quien tenia el mando de todas las guardias en la ciudad. Villanueva tomaba el mas vivo interes en la suerte del Emperador y consideraba como una desgracia para su país, si su gobierno le mandaba fusilar. Por tal razon estaba dispuesto á ausiliar su fuga. Rehusaba recibir algun dinero para sí, aunque era bastante pobre y tenia unas hermanas que mantener, confiando solo en que el Emperador deberia llevarle consigo á Europa y asegurarle su porvenir.

A pesar de todo eso me decia que él solo no podia efectuar la fuga, y que era preciso ganar al coronel *Palacios* quien tenia el mando superior en la misma prision.

Para este objeto pedí la suma de \$100000, que el Emperador debia colocar en el banco del Sr. Rubio, sobre quien se podia jirar en caso necesario, pues dije al Emperador segun mi antigua esperiencia, "dinero efectivo es una cosa absolutamente necesaria, si se quiere tratar con americanos."

El emperador contestó que no importaba nada la cuestion del dinero, puesto que tanto el Barón de Magnus como los demás ministros extranjeros le habian asegurado que sumas de cualquier importe que fuesen, estaban á su disposicion.

Era en efecto una cosa rara! Al fin de cada palabra estaba pegada una onza de oro,—pero en las yemas de los dedos ni siquiera un miserable peso! Bien se puede comprender que me impacientó y me llenó de indignacion solo el pensar que *por esa miserable mezquindad de los representantes extranjeros ha muerto el Emperador!*

Era una desgracia que el Barón Magnus se hubiese ya marchado para S. Luis Potosí, pues es probable que él mas que cualquier otro se habria procurado dinero. Los dos abogados en San Luis le habian llamado por el telégrafo, por haber vislumbrado alguna esperanza de que el gobierno se inclinase á un arreglo. El Emperador no quiso separarse de él como él mismo me decia delante del Dr. Basch, por tener mas fé en el Sr. Magnus que en cualquier otro de los demas representantes extranjeros, y porque deseaba tener un hombre de confianza á su lado, y cuando le hice la observacion que no se podia hacer nada sin dinero, mandó llamar al Sr. Barón de Lago, el encargado de negocios de Austria, quien no se

habia dejado ver hacia dos dias. El buen Barón pertenecia segun creo, á la raza demasiado esparcida de las liebres, aunque habia sido de parecer que *no se podia* fusilar al Emperador, se habia vuelto en los últimos dias notablemente tímido y temia ya que los "bribones" republicanos no solo fusilarian al Emperador, sino aun á su persona sagrada.

El pobre Emperador estaba en efecto en una situacion muy apurada, y lo sentia. Cuando le dije que los coroneles extranjeros, y entre ellos mi marido, tendrian que salir dentro de poco tiempo de Querétaro, y que entonces yo me veria precisada á partir con él, se afectó mucho y me dijo: V. es la unica persona que ha hecho efectivamente algo por mí. Cuando V. se haya ido, entonces estaré de veras abandonado! Para evitarle este dolor, mi marido convino conmigo en que presentaria su despacho de jeneral, con el fin de quedarse en Querétaro.

Ya estaba acercándose el dia en que el Emperador, Miramon y Mejía tenian que comparecer delante del consejo de guerra que debia celebrarse en el Teatro, cuyo edificio estaba compuesto para este objeto, como si fuese para una fiesta. No pudiendo soportar la idea de que el Emperador, débil y enfermo como estaba, quedaria espuesto á la vista pública hice cuanto pude, en la víspera del consejo de guerra, para persuadirle á no ir allá y á tomar para este fin en la mañana algun medicamento que le hiciese aparecer mas enfermo de lo que estaba en efecto. Tampoco le agradaba á él la idea de presentarse en el Teatro; mas temia que le obligaran con la fuerza; sobre este punto pude tranquilizarle, por haber ya acordado todo con el coronel Villanueva.

Cuando llegué á las nueve de la otra mañana al Convento de las Capuchinas, los reos salieron y se encaminaron hácia el coche que les esperaba; mi corazón latia de miedo de ver tal vez tambien al Emperador; pero habia seguido mi consejo y no vino. El jeneral Miramon tenia un aire alegre y risueño, como si fuese al baile, mientras que el pobre Mejía estaba muy abatido.

Entregué al Emperador una carta de mi marido en la que le rogaba encarecidamente no perder mas tiempo en espe-

ranzas fútiles, sino que desde luego se preparase para la fuga, cuyo plan esplicaba en la misma carta.

Entonces comuniqué al Emperador que ya habia arreglado todo con Villanueva, de manera que este debia conducirle fuera de la prision, donde estaria lista una escolta de 100 hombres para acompañarle á la Sierra Gorda, y de allí hasta a costa.

El Emperador aprobó el plan, pero insistia en que yo le siguiera de cerca y á caballo, junto con el Dr. Basch, puesto que temia ser traicionado y tal vez asesinado por la propia escolta; y para prevenir tal crimen deseaba tener á su lado á una señora, cuya presencia quizás impondria á los que atentaran contra su vida.

Dije despues al Emperador que me habia comprometido á ganar al coronel Palacios, quien estando encargado de la guardia del Convento se paseaba todas las noches delante su cuarto para cumplir plenamente con su deber; pero no dejé de advertir que, á fin de lograr mi objeto era preciso tener dinero á mi disposicion.

El Emperador vió al fin su posicion en su verdadera luz y estaba bastante arrepentido de haber dejado pasar tanto tiempo inútilmente sin haberse procurado el dinero necesario. Aunque no tenia absolutamente nada, me dijo sin embargo que haria los últimos esfuerzos para encontrar los medios necesarios.

Cuando le volví á ver, le encontré desesperado. No podia obtener el dinero necesario para sobornar á los oficiales; y para suplirlo me ofreció dos letras de cambio, cada una de cien mil pesos, jiradas sobre la casa imperial y la familia imperial en Viena, prometiendo al mismo tiempo mandarme, precisamente hasta las nueve de la noche, cinco mil pesos, cuya cantidad se necesitaba, sea para entregarla á Palacios para los soldados, ó para que yo misma la distribuyera entre ellos.

Hasta aquel tiempo no habia hecho todavía ninguna revelacion al coronel Palacios, y solo Villanueva y yo habiamos convenido en que yo saliera de la prision á las ocho de la noche, y cuando Palacios como de costumbre, me acompañaba le deberia detener hasta las diez.

No vivia entonces en un hotel sino en una casa particular

perteneciente á doña Pepita Vicentis, viuda de un señor del partido nuestro, muerto durante el sitio.

El jeneral Echeagaray vivia en la misma casa. Aquella señora anciana era muy buena para con nuestros prisioneros, á tal grado que asistia de balde á quince de ellos, durante su cautiverio.

Me quedé con el Emperador hasta las ocho de la noche y tuvimos una conversacion muy larga y muy interesante. S. M. me dió á conocer los cuidados y pesares secretos que tenia; me inició en las relaciones íntimas de su familia manifestándome sus proyectos para el porvenir, en caso que volviese á Europa. Hablaba con la mayor ternura de su madre para quien me encargaba muchas espresiones y otras cosas en el caso que yo sola viniese á Viena.

Esta conversacion me enterneció mucho y tuve el vago presentimiento de que veia al Emperador por la última vez.

Cuando eran cerca de las ocho, el Emperador me dió su anillo para sellar, encargándome que si mis empeños con Palacios quedaban estériles, este mismo coronel lo devolviera en la misma noche.

Me despedí del Emperador con mi corazon oprimido y con poca esperanza: tenia sobre mí una tarea sumamente difícil y me encontraba solo con medios muy insuficientes para llevarla á cabo—á saber, con dos hojitas de papel, cuya significacion apenas podia comprender la persona con la cual tenia que tratar.

El coronel Palacios es un indio que sabe apenas leer y escribir; pero es al mismo tiempo un soldado valiente; se habia distinguido en varias ocasiones y habia sabido granjearse la confianza particular de sus superiores que le empleaban de *capitan preboste*, el que, segun el diccionario de la lengua castellana, es el oficial nombrado para formar causa á los malhechores y conducirlos al suplicio. Tiene una mujer jóven, que hacia poco le habia dado á luz un niño que amaba mas que á sí mismo. No poseía ninguna fortuna, y por tanto yo abrigaba la esperanza de que con asegurar á su hijo su porvenir, le haria entrar en mis proyectos.

El coronel me acompañó á mi casa, y entonces le convidé á pasar á mi sala. Empezé luego á hablar del Emperador, para saber cuál era su opinion acerca de él, ó si yo podia

abrigar alguna esperanza de un buen éxito en mis empeños.

Me dijo que había sido un gran enemigo del Emperador; pero que desde que le custodiaba y presenciaba que su conducta en la desgracia era tan buena y tan noble, y desde que veía frecuentemente sus buenos ojos azules, sentía hácia él no solo el mayor interés, sino cierto afecto y mucha admiración.

Después de esta conversacion que solo servia de introduccion y duraba poco mas ó menos veinte minutos, me hice, aunque temblando, el ánimo de hablar del asunto que me importaba.

Fué en efecto un negocio de la mayor importancia, de que dependia la vida ó la muerte de un hombre bueno y noble, quien me honraba con su amistad, y era mi Emperador. Dije que tenia que darle parte de un asunto de la mayor importancia, tanto para él como para mí; pero antes de hacerlo, me deberia no solo empeñar su palabra de honor y de caballero, sino jurar por la vida de su mujer y de su hijo, que jamás descubriria á nadie lo que le diria, aun en el caso de que no condescendiese con mis proyectos.

Me dió la palabra de honor que le pedí, y prestó el juramento mas solemne por la vida de su mujer y de su hijo, que amaba mas que todo en este mundo.

Entonces le dije: que no me cabia duda de que el Emperador seria condenado á muerte y fusilado, si no se fugaba; no negó la certeza de aquella apreciacion. Seguí diciéndole que tenia ya preparado todo para la fuga, la que debia efectuarse en la misma noche, en caso que él consintiese en disimular por unos diez minutos; que sin él no podia hacerse algo, puesto que estábamos todos en sus manos, y de él solo dependia la vida del Emperador; que únicamente por lo apremiante de la actual situacion me veia en la precision de hablar francamente con él. Llegué al punto mas delicado, el del dinero, y lo traté de la manera siguiente: Sabia, dije, que él era pobre; que tenia una mujer y un hijo, cuyo porvenir era muy inseguro en los actuales tiempos de turbulencia; y que no se presentaria otra vez una tan buena oportunidad, como ahora, para asegurarles un sustento por toda su vida, pues siendo así que se le ofrecia una libranza de \$100,000, girada sobre la Familia Imperial de Austria, además unos 5,000 pesos en

efectivo, cuya cantidad se le entregaria inmediatamente para su tropa. Conitnué diciendo: que lo que se le proponia, no era absolutamente en contra de su honor, puesto que con aceptarlo solo serviria á su patria del mejor modo que podia, pues la muerte del Emperador llamaria á todo el mundo en armas contra México; mientras que si se protejia, la fuga de manera que saliese del país, ninguna potencia europea se mezclaria mas adelante en los negocios interiores de México. Hablé aun mucho mas; y á todo prestaba mucha atencion. Ví bien en su rostro el que estaba demudándose continuamente, que sostenia una fuerte lucha consigo mismo.

En seguida tomó la palabra; poniendo la mano sobre el corazon, me aseguró que sentia de veras el mayor interés por Maximiliano y que en efecto creia que seria lo mejor para México dejarle escapar; pero que no podia resolver en cinco minutos una cosa tan importante, y que de ningun modo aceptaria la dicha libranza, aun en el caso que consintiese en la fuga.

Sin embargo, la tomó en la mano y la miraba con curiosidad. Probablemente el indio no podia familiarizarse con la idea de que un tan pequeño pedacito de papel con algunos garrapatos daria la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo con oro habria hablado un lenguaje mucho mas persuasivo.

Me devolvió la libranza, diciendo *no*, que no podia aceptarla; que reflexionaria en la noche y me diria el resultado al otro dia en la mañana.

Le mostré el anillo del Emperador diciéndole lo que significaba y le rogué lo entregase al Emperador aun en la misma noche. Lo tomó, se lo puso al dedo; después de un rato se lo quitó diciéndole que no podia aceptarlo, y que debia meditar todo maduramente. Se confundia hablando de su honor, de su mujer y de su hijo.

“Veo ahora, coronel, le dije, que vd. no ha resuelto todavía. Méditelo vd. bien y recuerde su palabra de honor y su juramento. Vd. sabe que nada puede hacerse sin su auxilio, y que seria enteramente inútil descubrirme.”

El coronel Villanueva que estaba naturalmente muy ansioso de saber inmediatamente el resultado de mi conversacion, se presentó luego, y un poco mas tarde vino el Dr. Basch—pe-

ro sin 5,000 pesos, para informarse del éxito de la conferencia. Luego que Palacios se hubo ido, dije al doctor que la fuga no podía efectuarse esa misma noche, pero que al día siguiente tendría una certeza, y que entretanto no dejara de tener alguna esperanza. Al mismo tiempo entregué al doctor el anillo del Emperador.

Parece que Palacios meditó sobre mis proposiciones hasta la media noche. Despues tomó su resolucion; fué á ver á Escobedo y le descubrió todo.

Antes de levantarme en la mañana, mi casa estaba ya cercada de guardias. Todo el mundo tuvo permiso de entrar; pero el que salia era arrestado. Esta suerte tuvo el Dr. Basch, quien sin sospechar algo de malo, vino enviado por el Emperador que temia me estafasen aquellas dos libranzas, con el fin de presentarlas, cuando ya estuviera fusilado. A efecto de frustrar semejante engaño, me mandó el siguiente papel escrito de su propia mano, el cual agregó en el original como autógrafa.

“Querétaro, Junio 13 de 1867.

Las dos letras de cambio de *cien mil pesos* cada una, que he jirado con fecha de hoy en favor de los coroneles *Palacios* y *Villanueva*, para ser pagadas por la familia imperial de Austria en Viena, son solamente válidas desde el mismo día en que me hallare completamente en salvo por el auxilio de los dichos coroneles.—*Maximiliano.*”

Dos criados del Emperador vinieron con el mensaje de que deseaba hablarme al momento. Supe ya que Palacios habia faltado á su palabra de honor y á su juramento, y que el Dr. Basch habia sido arrestado, porque un oficial del Estado mayor me lo comunicó en una nota que destruí luego.

Me preparaba para salir fingiendo que todo lo ignoraba. Al salir de la casa, se me acercó el general Refugio Gonzalez con una sonrisa maliciosa, diciéndome que el general Escobedo deseaba verme sin pérdida de tiempo. Le contesté que ya estaba para hacerle una visita.

Hacia algun tiempo que el cuartel general habia sido trasladado de la hacienda de Hércules á la ciudad y se encontraba solo á unos pocos pasos de mi casa en la misma calle.

Al llegar allí fuí introducida á una gran sala de recepcion, donde encontré muchos oficiales. Algunos de ellos parecian

estar de muy buen humor, como si esperasen una escena interesante; otros me miraban con cierto interés; y uno me dijo al oido: “todo se ha perdido.”

Despues de algun rato vino Escobedo. Tenia un aire tan sombrío como un nubarron y dijo con tono sarcástico: que el aire de Querétaro no parecia serme saludable, porque era en efecto muy malo.

Le aseguré que jamás me habia sentido con mejor salud; pero él insistió en que yo tenia un semblante muy enfermo, y que por tal motivo habia dado la órden de poner un coche y de tener lista una escolta para conducirme á San Luis Potosí, donde me sentiria mucho mejor.

Le dije que no tenia ganas absolutamente de ir allá y que le agradecia mucho sus atenciones.

Ya no pudo aguantar por mas tiempo, y prorumpió en cólera, diciendo: que encontraba muy mal hecho de mi parte y contrario á todo sentimiento de gratitud y de honor, que, despues de las bondades que me habia mostrado, yo habia tratado de sobornar á sus oficiales, poniéndole en una posicion sumamente penosa.

“No he hecho nada, jeneral, le contesté, de que tenga que avergonzarme, y que vd. mismo en mi posicion, no habria dejado de hacer lo mismo.”

“No queremos hacer averiguaciones, señora, pero deseo que vd. salga de Querétaro.”

“Vd. no ignora general, respondí, que estoy ahora completamente impotente y que el Emperador está perdido. Pero mi esposo está aquí esperando que le formen su causa; por tal razon le ruego que me deje aquí. Métame vd. á la cárcel, ó mándeme poner centinelas de vista: le ofrezco á vd. estar quieta.”

El jeneral no quiso oir nada; estaba demasiado incómodo y dijo: que segun lo que yo habia hecho hasta ahora, no podia estar seguro de que yo no asesinase á sus oficiales.

Esto me indignó, y le contesté que no tenia razon alguna para pensar tal cosa de mí, aunque yo deseaba salvar á mi esposo y al Emperador.

Su contestacion fué que me fuese, bien escoltada, á hablar por sus vidas al Presidente en San Luis, pero que no podia quedar aquí; y agregó diciendo que yo no era la única

persona que habia de salir de Querétaro, pues ya los ministros extranjeros habian recibido la misma orden.

"Pero, jeneral, repliqué, le aseguro á vd., que los ministros no tenian que hacer ni lo más mínimo con mi proyecto; y nunca se habrian atrevido á apoyarlo."

"Lo sé; dijo desdeñosamente, y justamente porque son tan cobardes, deben largarse cuanto antes."

"Pero, jeneral, contesté, el Emperador queda entonces completamente abandonado y no tiene á nadie que le asista en sus últimas disposiciones."

"¿En qué pueden unas viejas, servir á un hombre?" exclamó, "bonita jente, son esos embajadores! Dos de ellos ya se han huido, abandonando todo su equipaje."

Esos dos representantes tímidos eran, por supuesto, el de Austria y el belga. Todos los oficiales de Escobedo se mofaron de ellos, y el mismo jeneral me dijo despues en México, "que si uno de esos menguados le hubiese pedido el permiso de ver al Emperador para despedirse de él, no lo habria denegado." Pero esos caballeros no hicieron ni siquiera una tentativa, y el Baron Lago tenia la cabeza tan completamente perdida que se llevó consigo el codicilo que el Emperador habia añadido á su testamento, sin esperar que éste lo firmase.

Naturalmente no tengo los menores escrúpulos en decir que encontré la conducta de esos caballeros sobremanera miserable; pero en caso que ellos ó cualquier otro pusiera en duda que el jeneral Escobedo se haya expresado tan poco diplomáticamente respecto de esos diplomáticos, me refiero al mismo jeneral, quien, creo, no es hombre para negar lo que ha dicho, y también á todo su Estado mayor, principalmente al coronel Doria.

Al fin conocí que, por lo primero, no pude hacer otra cosa que conformarme, y salí de la casa de Escobedo, no con el mejor humor, como se puede comprender. Ví ya un carruaje con cuatro mulas parado delante de la puerta de mi casa; me dirigí allá, naturalmente pensando que se me dejaria á lo menos tiempo para hacer los preparativos mas necesarios para mi marcha; mas en el momento en que iba á abrir el zaguán para entrar en mi casa, el capitan que me servia de escolta, cerró la puerta estrepitosamente é hizo un ademan, como si quisiese retenerme por la fuerza. Solo al pensarlo me enfu-

recí tanto que me sentí demudar el color; con la velocidad del relámpago tomé en mi mano el pequeño revolver que llevaba siempre en la bolsa, y lo dirigí sobre el pecho del capitan asustado, á quien grité: "capitan, tóqueme vd. solo con un dedo, y vd. será muerto."

El capitan se disculpó diciendo que no pensaba en querer emplear la fuerza; pero que el jeneral Escobedo le habia hecho responsable de mi persona, con la orden extricta de no perderme de vista. Mi contestacion fué invitarle á subir conmigo; porque debia dejarme algun tiempo para hacer mis preparativos y para embaular. El capitan volvió á hacer objeciones; pero llena de cólera le dije con impaciencia que se saliera cuanto antes, porque yo queria y debia subir. Dicho esto, entré en la casa y subí las escaleras, con el revolver en la mano: el capitan siguió tras de mí.

Ante todas cosas quise ganar tiempo, esperando que mientras tal vez aconteciera alguna cosa que diera á todo el asunto un jiro diferente; por tanto, manifesté que ni yo ni mi criada sabiamos empaquetar, pidiendo al capitan el favor de buscar á alguno que lo hiciera.

El pobre oficial ya no sabia qué hacer, y juzgó conveniente mejor volver al cuartel jeneral de Escobedo, para preguntar lo que debia hacer.

Cerca de una media hora despues volvió con una escolta de seis hombres, diciéndome que el jeneral le habia recibido muy mal amenazándole que le mandaria arrestado, si no me hacia salir de la ciudad; que tenia la orden de acompañarme hasta Santa Rosa, al lado de la Sierra Gorda, y de meterme en la diligencia que pasa por allí para San Luis Potosí.

Entonces conocí que una resistencia más prolongada podria tener malas consecuencias y empecé á embaular, cuando un criado del Emperador vino con el mensaje de que S. M. deseaba verme en el momento. Supliqué al capitan que me dejase escribir algunos renglones al Emperador; mas lo rehusó, y el criado tuvo que salir del cuarto.

Induje al capitan á mandar preguntar á Escobedo, si podria despedirme de mi marido; pero tambien esta gracia me fué denegada, y solo despues de alguna disputa me permitió mandarle algunos renglones que le llevó mi moza india. Salm, no comprendiendo nada de lo que me pasaba, me envió una